

Kette me dijo que girara a la izquierda. Sigo los senderos alrededor de los abedules como me indicaron, notando hongos cuyos nombres no recuerdo. Paso junto a una novia con un impresionante vestido blanco en medio del bosque. ¡Qué vista! Su vestido brilla, pero parece molesta cuando la felicito. Tengo que saltar sobre un parche de hierba azul para no pisarlo. Su dama de honor responde por ella.

Más adelante, siguiendo la costa, empiezo a notar nalgas brillantes apuntando hacia arriba, así que decido colocar mi toalla azul unos quince metros más al oeste. Me quito los jeans, la camiseta, la ropa interior, mi collar conforma de corazón (en ese orden), luego me doy un chaparrón, regreso a mi toalla junto al muy redondo serbal. Noto muchas bayas anaranjadas y reconsidero dónde puse mi collar. Como suelo ser bastante olvidadizo, lo cuelgo en una de las raíces sobresalientes del árbol y empiezo otro capítulo de mi libro. Estoy leyendo una traducción al portugués de Las Malas de Camila Sosa Villada, que un amigo me regaló en un restaurante húmedo y subterráneo en Oporto a cambio de una botella de vino y un lugar para dormir.

Quince minutos después, ya en el segundo capítulo, la luz del sol se bloquea y una mano grande me abraza. ¡Dios! Un finlandés me pregunta si puede chuparme la.

Dos minutos después de intentar enseñarle al finlandés sobre la etiqueta nudista —de la cual, en realidad, sé bastante poco—, me interrumpe y me dice que el espacio en el que estoy es un lugar de cruising. Joder. Al menos dos veces. Y luego le pido que me cuente más sobre el lugar. Señala a uno de sus amigos, me doy cuenta de que todos nos están mirando, y luego señala los arbustos detrás del pasco.

El lugar me recuerda a otra playa que visité todos los fines de semana durante seis meses mientras vivía en Cataluña.



La primera vez que tomé el tren (cruzando el pueblo, pasando las villas, subiendo las tres lanas) fue para tener una cita con un chico milanés. Era atractivo, pero difícil de leer. Ya había oído hablar de la playa antes y me quité toda la ropa delante de él. Rodolfo decidió sentarse algo incómodo en nuestra toalla compartida, únicamente con sus pequeños calzones azules.

A nuestro lado, dos lesbianas que tomaban de día estaban sobre una manta de picnic exageradamente grande, y detrás de las rocas, tres treintañeros se la chupaban entre ellos. Invité a mi cita a meterse al agua para tener una mejor vista. Las olas eran altas, nuestro Cava estaba tibio, ugh, se quejó dos veces.

Cada veinte minutos el tren pasaba para echar un vistazo.

Desde entonces, las dunas y los acantilados, y las playas que se abrazaban, se convirtieron en mi lugar favorito para leer. Primero leí a Calvino, luego a Abdolbado Benali, Agua Viva de Lispector y, en enero, terminé Turks Fruit de Jan Wolkers.

A veces sentía la necesidad de leer también por encima de la página.

Cada dos semanas veía

a una pareja gay pasear a sus siete perros molters perfectamente arreglados, cada uno con un collar de diferente color (rojo, naranja, amarillo; eran gays, ya sabes), y cada vez sin excepción, el del collar Índigo salía corriendo hacia la playa.

Entonces los dos hombres comenzaban a aullar su nombre. Recuerdo haber pensado que jamás dividiría el nombre de ese perro. Nos sonreíamos entre todos y luego ellos rotaban a salir del teatro.

Y teatro era. Lleno de actores recitando sus líneas cortas y firmes o deambulando en silencio por el extremo del escenario. Solo una vez reuní el valor para ver qué había detrás de esas cortinas (las vías del tren) y me encontré en un extenso bosque de pinos cubierto de pañuelos y envolturas de condones moradas.

Ah, y hay una voca icónica. Se veía pegajosa.

Le pregunto sobre esos arbustos detrás de la playa. Se ofrece a ser mi guía, y es lo que quiere decir, pero me siento de alguna manera asertivo, así que cruzamos el pasaje, entramos en el bosque y seguimos un nuevo sendero marcado por quienes han pasado antes. Me habla del manzano y de cómo los hombres en la playa giran alrededor unos de otros sin llegar a hacer mucho. "Están todos agotados," dice. "Cansados."

Señalo el final de un sendero muy corto. "Fiestos de donde algunos se han acostado," explica. "Hay parecido a cómo duermen los ciervos," anoto.

Empiezo a entender la estructura rizomática de este bosque, sus múltiples inestabilidades emocionales e imagino a todas esas hadas danzando entre sí de maneras asombrosas. Me recuerda, una vez más, a Larry Mitchell y Ned Asta. Y también pienso en Benny.

Un día, un año y medio después de haberme mudado de Barcelona, tras quedarme atrapado en el Algarve sin dinero, hice hitchhike hasta Sevilla y de ahí hasta este mismo pueblo. Recuerdo los estacionamientos aterradores, las colinas emocionantes, subirlas y sudar. Aquella pareja con la que tuve un trío después de mi paseo por el bosque me dijo descansar en su cama durante una días. Una de esas tardes caminamos hasta la playa para que pudiera verla en su esplendor de agosto. Tenía que ser así, dijera. ¡La hibernación había terminado! ¡Un bar de playa! ¡Con un bartender que era una estrella de porno famosa! ¡Dos camillas de masaje frente! ¡Y al menos doscientas toallas ocupadas! ¡Un mar! ¡

Recuerdo lo encantado que estaba con lo que me sentía todo. Uno de ellos, Llorenç, tomó mi mano y me guió a través de una gruta que nunca había visto antes. Al agua, a otra cueva, de nuevo al agua, y nadamos otros cincuenta metros para ver desplegarse la siguiente ola...

Los dos pasamos treinta minutos flotando, observando a cuarenta maricas besándose, laméndonos y demás, entre las rocas y la orilla. ¡Qué vista! — 23-10-29